

ENCICLICA “ACERBO NIMIS” (*)

(15-IV-1905)

SOBRE LA IMPORTANCIA FUNDAMENTAL DE LA ENSEÑANZA
CATEQUISTICA

PIO PP. X

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

I. DOLOROSAS COMPROBACIONES

1. Causas de los males presentes.

¹³ Los secretos designios de Dios Nos han levantado de Nuestra pequeñez al cargo de Supremo Pastor de la grey entera de Cristo en días bien críticos y amargos, pues el enemigo de antiguo anda alrededor de este rebaño y le tiende lazos con tan pérfida astucia, que ahora principalmente, parece haberse cumplido aquella profecía del Apóstol a los ancianos de la Iglesia de Efeso: *Sé que... os han de asaltar lobos voraces que destrocen el rebaño*⁽¹⁾. De este mal que padece la religión no hay nadie a quien anime el celo de la gloria divina que no investigue las causas y razones, sucediendo que, como cada cual las halla diferentes, propone diferentes medios, conforme a su personal opinión, para defender y restaurar el reinado de Dios en la tierra. No proscribimos, Venerables Hermanos, los otros juicios, más estamos con los que piensan que esta depresión y debilidad de las almas, de que resultan los mayores males, provienen principalmente de la ignorancia de las cosas divinas. Esta opinión concuerda enteramente con lo que Dios mismo declaró por su profeta Oseas: *No hay conocimiento de Dios en la tierra. La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio lo han inundado todo; a la sangre se añade sangre, por cuya causa se cubrirá*

de luto la tierra y desfallecerán todos sus moradores⁽²⁾.

2. Ignorancia de la religión. ¡Cuán fundados son, por desgracia, estos lamentos, hoy que existe tan crecido número de personas en el pueblo cristiano que ignoran totalmente las cosas que se han de conocer para conseguir la eterna salud! Al decir pueblo cristiano, no Nos referimos solamente al pueblo, o a las clases inferiores, a quienes excusa con frecuencia el hecho de hallarse sometidas a hombres tan duros que apenas les dejan tiempo de ocuparse de sí mismas, ni de las cosas que les atañen, sino que también y principalmente hablamos de aquellos a quienes no falta entendimiento, ni cultura, y hasta se hallan adornados de profana erudición, a pesar de lo cual en las cosas de religión viven de la manera más temeraria e imprudente que puede imaginarse.

3. Indiferencia ante las verdades religiosas. ¡Difícil es ponderar lo espeso de las tinieblas que los envuelven y —lo que es más triste— la tranquilidad con que permanecen en ellas! De Dios, soberano Autor y Moderador de todas las cosas, y de la sabiduría de la fe cristiana, nada se les da; de manera que verdaderamente nada saben de la Encarnación del Verbo de Dios, ni de la perfecta restauración del género humano consumada por El; nada saben

(*) ASS. 37 (1904/05) 613-625. Consulte para la mejor comprensión de la historia y el texto de esta Encíclica las notas 22-23 de la presente Encíclica en la pág. 734 y sobre todo 29 en la pág. 736. (P. H.).

(1) Hechos 20, 29.

(2) Oseas, 4, 1-3.

de la gracia, principal auxilio para alcanzar los eternos bienes; nada del Sacrificio augusto ni de los Sacramentos, mediante los cuales conseguimos y conservamos la gracia. En cuanto al pecado, ni conocen su malicia ni el oprobio que trae consigo, de suerte que no ponen el menor cuidado en evitarlo, ni borrarlo, y llegan al día postrero en disposición tal, que para no dejarlos sin alguna esperanza de salvación, el sacerdote se ve en el caso de aprovechar aquellos últimos instantes en enseñarles sumariamente la Religión, en vez de emplearlos, principalmente, según convendría, en moverlos a efectos de caridad; esto si no ocurre que el moribundo padece tan culpable ignorancia que tenga por inútil el auxilio del sacerdote y se resuelva tranquilamente a traspasar los umbrales de la eternidad sin haber satisfecho a Dios por sus pecados.

615 Por lo cual Nuestro predecesor BENEDICTO XIV escribió justamente: *Afirmamos que la mayor parte de los condenados a las penas eternas padecen su perpetua desgracia por ignorar los misterios de la fe, que necesariamente se deben saber y creer para ser contado entre los elegidos*⁽³⁾.

4. Las malas pasiones y la mala vida engendran esta ignorancia. Siendo esto así, Venerables Hermanos, ¿qué tiene de sorprendente, pregunto, que la corrupción de las costumbres y su depravación sean tan grandes y crezcan diariamente, no digo en las naciones bárbaras, pero hasta en los mismos pueblos que llevan el nombre de cristianos? Con razón decía el Apóstol SAN PABLO, escribiendo a los Efesios: *La fornicación y toda especie de impureza, o avaricia, ni aún se nombre entre vosotros, como corresponde a santos, ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías*⁽⁴⁾. Como fundamento de este pudor y santidad con que se moderan las pasiones, puso la ciencia de las cosas divinas:

Y así, mirad, Hermanos, que andéis con gran circunspección; no como ne-

cios, sino como prudentes. Por tanto, no sedis indiscretos, sino atentos, sobre cuál es la voluntad de Dios⁽⁵⁾.

II. NECESIDAD DE LA INSTRUCCIÓN RELIGIOSA Y SUS BENEFICIOS

Sentencia justa; porque la voluntad humana apenas conserva algún resto de aquel amor a la honestidad y la rectitud, puesto en el hombre por Dios, Creador suyo, amor que le impulsaba hacia un bien, no entre sombras, sino claramente visto. Más, depravada por la corrupción del pecado original, y olvidándose de Dios, su Hacedor, la voluntad humana se vuelve a amar la vanidad y buscar la mentira. Extraviada y ciega por las malas pasiones, necesita un guía que le muestre el camino para que se restituya a la vía de la justicia que, desgraciadamente, abandonó. Este guía, que no hay que buscar fuera del hombre, y del que la misma naturaleza le ha provisto, es la propia razón; más, si a la razón falta aquella luz, hermana suya, que es la ciencia de las cosas divinas, vendrá a suceder que un ciego guíe a otro ciego, y que ambos caigan en el hoyo. El santo rey DAVID, glorificando a Dios por esta luz de la verdad que había infundido en razón humana, decía: *Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro*. 616 Y señalaba el efecto de esta comunicación de la luz, añadiendo: *Tú has infundido la alegría en mi corazón*⁽⁶⁾. alegría con que dilatándose el corazón, corre por la senda de los mandatos divinos.

5. La Doctrina cristiana y las Virtudes Teologales. Fácilmente se descubre que es así, porque, en efecto, la doctrina cristiana nos hace conocer a Dios, y lo que llamamos sus infinitas perfecciones, harto más hondamente que las fuerzas naturales. ¿Y cómo esto? Mandándonos a un tiempo mismo reverenciar a Dios por obligaciones de *fe*, que se refiere a la razón; por deber de *esperanza*, que se refiere a la voluntad; y por deber de *caridad*, que se refiere al

(3) Instit, 27, 18.

(4) Efesios 5, 3 y 4.

(5) Efesios 5, 15 y 17.

(6) Salmo 4, 6.

corazón, con la cual deja al hombre enteramente sometido a Dios, su Creador y Moderador. De la misma manera, sólo la doctrina cristiana pone al hombre en posesión de su eminente dignidad natural en cuanto hijo del Padre celestial, que está en los cielos, que le hizo a su imagen y semejanza para vivir con El eternamente dichoso. Pero de esta misma dignidad y del conocimiento que de ella se ha de tener infiere Cristo que los hombres deben amarse como hermanos y vivir en la tierra como conviene a los hijos de la luz, *no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias*⁽⁷⁾; mándanos asimismo que nos entreguemos en manos de Dios, que es quien cuida de nosotros; que socorramos al pobre, hagamos bien a nuestros enemigos y prefiramos los bienes eternos del alma a los perecederos del tiempo.

6. La Humanidad y las Virtudes cardinales. Y sin tocar menudamente a todo, ¿no es la doctrina de Cristo la que recomienda y prescribe al hombre soberbio aquella humildad que es manantial verdadero de su gloria? *Cualquiera que se humillare, ése será el mayor en el reino de los cielos*⁽⁸⁾. Esta celestial doctrina nos enseña igualmente la prudencia del espíritu, que nos sirve para guardarnos de la carne; la justicia, que nos hace dar lo suyo a cada cual; la fortaleza, que nos hace capaces de sufrir y padecer todo generosamente por Dios y por la eterna bienaventuranza; en fin, la templanza, que hace para nosotros amable la pobreza por amor de Dios y que en medio de nuestras humillaciones nos gloriamos en la cruz. De manera que por la sabiduría cristiana, no solamente nuestra inteligencia recibe la luz que nos permite alcanzar la verdad, pero la misma voluntad queda presa de aquel amor que nos conduce a Dios y nos une a El mediante el ejercicio de la virtud.

Lejos estamos de afirmar que la malicia del alma y la corrupción de las

costumbres no pueden existir con la ciencia de la Religión. Pluguiere a Dios que los hechos demostrasen lo contrario. Pero entendemos que cuando al espíritu envuelven las espesas tinieblas de la ignorancia, no pueden darse ni la rectitud de la voluntad ni las buenas costumbres, porque si caminando con los ojos abiertos puede apartarse el hombre del buen camino, el que padece de ceguera está en peligro cierto de desviarse. Añádase que en quien no está enteramente apagada la antorcha de la fe, todavía queda esperanza de que se enmiende y sane la corrupción de costumbres; más cuando la ignorancia se junta a la depravación, ya no queda espacio para el remedio, sino abierto el camino de la ruina.

III. EL DEBER PRIMORDIAL DEL SACERDOTE

7. Misión confiada a los pastores de almas. Puesto que de la ignorancia de la religión proceden tantos y tan graves daños y, por otra parte, son tan grandes la necesidad y utilidad de la doctrina religiosa, ya que, desconociéndola, en vano sería esperar que nadie pueda cumplir las obligaciones de cristianos, conviene saber ahora a quién compete preservar a las almas de esta perniciosa ignorancia e instruirlas en ciencia tan indispensable. Lo cual, Venerables Hermanos, no ofrece dificultad alguna, porque ese trascendental cometido recae en los pastores de almas. Estos, efectivamente, se hallan obligados por preceptos del mismo Cristo a conocer y apacentar las ovejas que les están encomendadas. Apacentar es, ante todo, adoctrinar. *Os daré pastores... según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina*^(9a). Así hablaba JEREMÍAS, inspirado por Dios; por lo cual decía el apóstol SAN PABLO: *No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar*^(9b) advirtiendo así que el principal ministerio de cuantos ejercen de alguna manera el gobierno de la Iglesia consiste en enseñar a los fieles de la ciencia sagrada.

618
Inútil nos parece aducir nuevas pruebas de la excelencia de este ministerio

(7) Romanos 13, 13.

(8) Mateo 18, 4.

(9a) Jerem. 3, 15.

(9b) I Cor. 1, 17.

y de la estimación que de él hace Dios. Ciertamente es que Dios alaba grandemente la piedad que nos mueve a procurar el alivio de las humanas miserias, más ¿quién negará que han de colocarse muy por encima de ella el celo y trabajo, mediante los cuales el entendimiento recibe las enseñanzas y consejos referentes, no a las necesidades terrenas, sino a los bienes celestiales? Nada puede ser más grato a Jesucristo, salvador de las almas, que dijo de sí propio por el Profeta ISAÍAS: *Me ha enviado a evangelizar a los pobres*^(9°).

Importa mucho, Venerables Hermanos, insistir para que entiendan bien todos los sacerdotes que ninguno tiene obligación más grande y deber más estrecho. Porque ¿quién negará que en el sacerdote han de unirse la ciencia y la santidad de la vida? *En los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia*⁽¹⁰⁾. Y, en efecto, la Iglesia lo exige rigurosamente de cuantos aspiran a ingresar en el sacerdocio. Y esto, ¿por qué? Porque el pueblo cristiano espera recibir del sacerdote la enseñanza de la divina ley y porque Dios le destina para propagarla. *De su boca se ha de aprender la ley, puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos*⁽¹¹⁾. Por lo cual, en las Sagradas Ordenes, el Obispo dice, dirigiéndose a los que van a ser hechos sacerdotes: *“Que vuestra doctrina sea remedio espiritual para el pueblo de Dios, y los cooperadores de nuestro orden sean previsores, para que, meditando día y noche acerca de la ley, crean lo que han leído y enseñen lo que han creído”*⁽¹²⁾.

Si no hay sacerdote alguno a quien no correspondan estas obligaciones, ¿cuáles no serán las de aquellos que por el nombre y autoridad que ostentan y por su misma dignidad tienen a su cargo y como por contrato la cura de almas? Estos han de ser puestos en algún modo en el rango de los pastores y doctores que Jesucristo dio a los fieles *para que no sean como niños fluctuantes, ni se dejen llevar de aquí y*

allá de todos los vientos de opiniones por la malignidad de los hombres... antes bien, siguiendo la verdad con caridad, en todo vayan creciendo en Cristo, que es nuestra Cabeza⁽¹³⁾.

Por lo cual, el sacrosanto Concilio de Trento, hablando de los pastores de almas, juzgó que la primera y mayor de sus obligaciones era la de enseñar al pueblo cristiano⁽¹⁴⁾. Dispuso, en consecuencia, que por lo menos los domingos y fiestas solemnes dieran al pueblo instrucción religiosa, y durante los santos tiempos de Adviento y Cuaresma siquiera tres veces por semana. Ni esto es todo; porque añade el Concilio que los párrocos están obligados, cuando menos los domingos y días de fiesta, a enseñar, por sí o por otros, a los niños las verdades de fe y la obediencia que deben a Dios y a sus padres; y les manda asimismo que cuando hayan de administrar algún sacramento instruyan en su virtud a los que van a recibirlo, explicándola por medio de la predicación en lengua vulgar.

IV. DEFINICIÓN, DEFENSA Y ELOGIO DE LA ENSEÑANZA CATEQUÍSTICA

En su constitución *Etsi minime*, Nuestro Predecesor BENEDICTO XIV resumió estas prescripciones y las determinó claramente, diciendo: *Dos obligaciones impone principalmente el Concilio de Trento a los pastores de almas: una, que todos los días de fiesta hablen al pueblo acerca de las cosas divinas; otra, que enseñen a los niños y a los ignorantes los elementos de la ley divina y de la fe*. Justamente distingue este sapientísimo Pontífice el doble misterio, a saber, la predicación que habitualmente se llama explicación del Evangelio, y la enseñanza de la doctrina cristiana. Acaso no falten sacerdotes que, deseosos de ahorrarse trabajo, crean que con las homilias satisfacen la obligación de enseñar el Catecismo. Quien quiera que reflexione descubrirá lo erróneo de esta opinión; porque la predicación del Evangelio está desti-

(9°) Lucas 4, 18.

(10) Malaquías 2, 7.

(11) Malaquías 2, 7.

(12) Pontifical Romano.

(13) Efesios 4, 14 y 15.

(14) Sesión 5, c. 2 de Refor. (Mansi 33, col. 30-31); ses. 22, c. 8 (Denz. nr. 946), ses. 24, c. 4 y 7, de Reform.

nada a los que ya poseen los elementos de la fe y viene a ser como el pan que debe darse a los adultos; mas, por el contrario, la enseñanza del Catecismo es aquel alimento de que el Apóstol SAN PEDRO quería que todos estuviesen ávidos con sencillez, como niños recién nacidos. Este oficio de catequista consiste en elegir alguna de las verdades relativas a la fe y las costumbres cristianas y explicarlas en todos sus aspectos. Y como el fin de la enseñanza es la perfección de la vida, el catequista ha de comparar lo que Dios manda obrar y lo que los hombres hacen realmente, después de lo cual, y habiendo sacado oportunamente algún ejemplo de la Sagrada Escritura, la Historia de la Iglesia, o las vidas de los Santos, ha de aconsejar a su auditorio y como señalarle con el dedo la norma a que debe ajustarse la vida, y terminará exhortando a los presentes a huir de los vicios y practicar la virtud.

8. Oficio poco grato a las pasiones. No ignoramos, en verdad, que el oficio de enseñar la doctrina cristiana no es grato a muchos, que lo estiman en poco y escaso como impropio para conseguir la alabanza popular; así y todo, entendemos que semejante juicio pertenece a los que se dejan llevar de la ligereza más que de la verdad. Ciertamente, no negamos la aprobación debida a los oradores sagrados que, movidos del sincero deseo de la gloria divina, se emplean en la defensa y reivindicación de la fe, o en hacer el panegírico de los Santos; pero su labor requiere otra preliminar, la de los catequistas, pues faltando ésta, no hay fundamento, y en vano se fatigan los que edifican la casa. Harto frecuente es que floridos discursos, recibidos con aplauso por nutridas asambleas, sólo sirvan para halagar el oído y no conmuevan las almas. En cambio, la enseñanza catequística, aunque sencilla y humilde, merece que se le apliquen estas palabras que dijo Dios por ISAÍAS: *Al modo que la lluvia y la nieve descenden del cielo y no vuelven allá, sino que empa-*

pan la tierra, y la penetran, y la fecundan, a fin de que dé simiente que sembrar y pan que comer, así será de mi palabra salida de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que obrará todo aquello que yo quiero, y ejecutará felizmente aquellas cosas a que yo la envié⁽¹⁵⁾. El mismo juicio ha de formarse de aquellos sacerdotes que, por mejor exponer las verdades de la religión, publican eruditos volúmenes, motivo por el cual son dignos, ciertamente, de copiosa alabanza; más sin embargo, ¡cuán corto es el número de los que consultan las obras de esta índole y sacan de ellas el fruto que correspondería a los deseos del autor! Pero la enseñanza de la doctrina cristiana, si se hace como debe hacerse, nunca es inútil para los que la escuchan.

Conviene repetirlo para inflamar el celo de los ministros del Señor: ya es crecidísimo, y aumenta cada día más, el número de los que todo lo ignoran en materia de religión, o tienen de Dios y de la fe cristiana concepto tal, que, en plena luz de verdad católica, les permite vivir como paganos. ¡Ay! Cuán grande es el número, no diremos de niños, sino de adultos y hasta de ancianos encorvados por la edad que ignoran absolutamente los principales misterios de la fe, y oyendo el nombre de Cristo responden: *¿Quién es... para que yo crea en El?*⁽¹⁶⁾. De ahí el que tengan por lícito forjar y mantener odios contra el prójimo, hacer contratos inicuos, explorar negocios infames, hacer préstamos usurarios y constituirse en reos de otras prevaricaciones semejantes. De ahí que, ignorantes de la ley de Cristo, que no sólo prohíbe toda acción torpe, sino el pensamiento voluntario y el deseo de ella, muchos que, sea por lo que quiera, casi se abstienen de los placeres vergonzosos, alimentan en sus almas, que no defiende ningún principio religioso, los pensamientos más perversos, y hacen el número de sus iniquidades mayor que el de los cabellos de su cabeza. Y ha de repetirse que estos vicios no se hallan solamente entre la gente ruda del campo y el pueblo más

(15) Isaías 40, 10 y 11.

(16) Juan 9, 36.

622 bajo de las ciudades, sino también, y acaso con más frecuencia, entre hombres de otra categoría, incluso entre los que se envanecen de su saber y, apoyados en una vana erudición, pretenden burlarse de la religión y blasfeman de todo lo que no conocen⁽¹⁷⁾.

9. Males que se siguen si no se enseña la Doctrina cristiana. Si es cosa vana esperar cosecha en tierra que no se ha sembrado, ¿cómo pueden esperarse generaciones adornadas de buenas obras si oportunamente no han sido instruidas en la doctrina cristiana? De donde inferimos justamente que, si la fe languidece en nuestros días a punto de que en muchos sujetos parece casi muerta, se ha cumplido descuidadamente, o se ha omitido del todo, la obligación de enseñar las verdades contenidas en el Catecismo. Inútil será decir, para hallar excusa, que la fe nos ha sido dada gratuitamente y conferida a cada uno en el bautismo. Porque, ciertamente, cuantos hemos sido bautizados en Jesucristo, fuimos enriquecidos con la posesión de la fe; mas esta divina semilla no llega a *crecer... y echar grandes ramas*⁽¹⁸⁾ si queda abandonada a sí misma y a su nativa virtud. Tiene el hombre, desde que viene a este mundo, facultad de entender; mas esta facultad necesita la excitación de la palabra materna para convertirse en acto, como se suele decir en las escuelas; y esto precisamente le sucede al hombre cristiano, que, al renacer por el agua y el Santo Espíritu, trae como

en germen la fe, mas necesita de la enseñanza de la Iglesia para que esta fe pueda nutrirse, desarrollarse y dar fruto. Por lo cual escribía el Apóstol: *La fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo*⁽¹⁹⁾. Y para mostrar la necesidad de la enseñanza, añadió *¿Cómo oirán hablar de El si no se les predica?*⁽²⁰⁾.

V. LAS NORMAS

10. Prescripciones para la enseñanza del catecismo. Si por cuanto se ha expuesto hasta aquí ya puede verse cuál es la importancia de la enseñanza religiosa del pueblo, debemos hacer cuanto Nos es posible a fin de que la enseñanza de la sagrada doctrina, que sirviéndonos de palabras de Nuestro Predecesor BENEDICTO XIV, es la institución más útil para la gloria de Dios y la salud de las almas⁽²¹⁾, se mantenga siempre floreciente o, donde se haya descuidado, se restaure. Así, pues, Venerables Hermanos, queriendo cumplir esta grave obligación del Apostolado Supremo y hacer que donde quiera se observen en materia tan importante las mismas prácticas, en virtud de Nuestra suprema autoridad establecemos para todas las diócesis las siguientes disposiciones, que habrán de ser rigurosamente guardadas y cumplidas:

I. Todos los párrocos⁽²²⁾ y, en general, cuantos sacerdotes ejercen la cura de almas⁽²³⁾, están obligados a instruir por el Catecismo durante una hora entera todos los domingos y días de fiesta

(17) Judas, versic. 10.

(18) Marcos 4, 32.

(19) Romanos 10, 17.

(20) Romanos 10, 14.

(21) Constit. *Etsi Minime*, 13. San Pío V la llamó: "tan piadosa y tan saludable para el Estado... obra santísima" en la Const. *Ex Debito*; el Can. 1333 § 2 la llama "santísima ocupación".

(22) Los autores discuten si es obligación estrictamente personal, como establece el Código Der. Can. para la homilía dominical, pero hay autores graves (como Wernz y Oietti) y otros documentos que lo afirman. La *Pastoral Colectiva* de los Obispos del Lacio Superior del 19-IV-1934 dice al respecto: "No basta encargar el Catecismo a religiosas o jóvenes; no es suficiente la enseñanza religiosa en las Escuelas; el Catecismo a mayores o a los pequeños ha de darlo el sacerdote y sobre todo el párroco. Es deber suyo terminante, que se deriva de su oficio, del beneficio y de las prescripciones canónicas. Quien no lo cumple, o lo hace descuidadamente, "no hace suyos los frutos" del beneficio.

(23) Los cánones 1329-1335 regulan las obligaciones del párroco y demás personas que en la enseñanza catequística deben intervenir, y señalan a las personas que deben catequizar y el tiempo en que debe realizarse la catequesis de los diferentes grupos. Documentos anteriores ilustran esas disposiciones. El IV Concilio Provincial de Milán, presidido por San Carlos Borromeo mandó que todos los clérigos ayudasen al párroco en esta tarea todos los Domingos y días festivos (Parte I, const. 26); el Concilio provincial de Nápoles de 1699 mandaba que no se confiriesen órdenes a quienes no fuesen asiduos colaboradores del párroco en la enseñanza del Catecismo (cap. 2 del tit. I; Collect. Lac. I, col. 159). En la Constitución *Etsi Minime*, del 7 de Febrero de 1742 aconseja Benedicto XIV en el párrafo 6 a los Obispos a) que hagan saber, y lo confirmen con obras, que no conferirán la Tonsura, ni las Ordenes Menores, ni mucho menos las Mayores, a nadie que no haya ayudado al párroco en la enseñanza del Catecismo, y b) que al conferir las parroquias y los otros beneficios, se tendrá muy

del año⁽²⁴⁾, sin exceptuar ninguno, a todos los niños y niñas en cuanto deben creer y obrar para alcanzar la salvación eterna⁽²⁵⁾.

II. Los mismos han de preparar a niñas y niños en época fija del año, y mediante instrucción que ha de durar varios días, a recibir dignamente los Sacramentos de Penitencia y Confirmación.

III. Además, han de preparar con especial cuidado a los jóvenes de ambos sexos para que santamente se acerquen por primera vez a la Sagrada Mesa, valiéndose para este fin de oportunas enseñanzas todos los días de Cuaresma, y si fuere necesario, durante varios otros después de Pascua⁽²⁶⁾.

IV. En todas las parroquias se erigirá canónicamente la asociación que vulgarmente se denomina Congregación de la Doctrina Cristiana⁽²⁷⁾, con la cual,

en cuenta el celo que el candidato haya desplegado en este ministerio. El Concilio de Valladolid de 1886, "siguiendo los consejos de Benedicto XIV" impone a los seminaristas, en tiempo de vacaciones, y a todos los clérigos no sacerdotes, la obligación de auxiliar al párroco en este santo ministerio, bajo pena de no admitirlos a las Ordenes (Lib. I, tit. 5 § 1, n. 7). El Concilio Plenario de la América Latina dice en el número 263, citando las palabras del Concilio Tridentino: "Los que obtienen iglesias parroquiales u otras que tienen cura de almas deben por sí (o por otros si están legítimamente impedidos), por lo menos, en los días Domingos y fiestas solemnes nutrir a los fieles, a ellos encomendados, según su capacidad, con palabras de salud", rechazando cualquier costumbre de no predicar y catequizar. En el número 154 dice que "son de alabar los clérigos que ejercen tan saludable ministerio, y, según las palabras de San Pío V, los laicos bien y piadosamente instruidos que bajo la dirección y con la aprobación de sus pastores merecen bien de la Iglesia si se hacen colaboradores de los sacerdotes en una cosa de tanta importancia", y en el número 711 que lleva el título: "De los catequistas rurales" impone a los sacerdotes que dicen Misa en lugares distantes donde no hay Catecismo, que prediquen y manda a los párrocos que vigilen estrictamente el cumplimiento. La Secretaría de Estado de Pío XII dice al III Congreso Catequístico de Milán, 1-X-1949: "Para el sacerdote, como por cuantos le ayudan, puede decirse que ninguna hora es más preciosa que la empleada en la enseñanza del Catecismo. Para esta enseñanza el Concilio de Trento empleó expresión: *primum et maximum officium*, el primer ministerio y el más grande".

(24) Lo nuevo y excepcional es el fuerte acento que Pío X pone en todos los Domingos sin excepción, desaprobando las vacaciones para la enseñanza de la doctrina cristiana. En una circular del 18-V-1905 dice el Cardenal-Vicario de Pío X que era voluntad del Papa que cesara la costumbre existente en Roma, de suspender el Catecismo en algunos meses del año y ciertos días de mayor solemnidad y que nunca se suspendiera el Catecismo. Anteriormente, la Sagrada Congre-

principalmente donde ocurra ser escaso el número de sacerdotes, tendrán los párrocos auxiliares del estado seglar para la enseñanza del Catecismo, los cuales se ocuparán en este ministerio, así por celo de la gloria de Dios, como por lucrar las Santas Indulgencias con que los Romanos Pontífices han enriquecido esta asociación.

V. En las grandes poblaciones, y principalmente donde haya Facultades mayores, liceos y colegios, fúndense escuelas de religión⁽²⁸⁾ para instruir en las verdades de la fe y la vida cristiana, a la juventud que frecuenta las aulas públicas en que no se mencionan las cosas de religión.

VI. Porque en estos tiempos de desorden la edad madura no está menos necesitada que la infancia de instrucción religiosa, los párrocos y cuantos sacerdotes tengan cura de almas, ade-

gación del Concilio, en fecha 8 y 29-VIII-1744 ya había declarado que no podía tolerarse la costumbre de suspender el Catecismo algunos meses, aunque fueran muy pocos o uno solo los oyentes. El Código de Der. Can. no descendió a este detalle, mas no lo desaprueba.

(25) Respecto del lugar prescribió el Concilio IV de Milán, presidido por S. Carlos Borromeo que fuese la parroquia y otros centros. "La enseñanza del Catecismo ha de darse generalmente en la parroquia; pero muchas veces será conveniente y algunas veces necesario, que se establezcan varios centros catequísticos en diversas iglesias u oratorios máxime en las filiales, o en arrabales distantes de la parroquia.

Respecto de la duración el mismo Papa Pío X en una carta a su Cardenal Vicario, el 12-I-1905, que esa preparación a la Penitencia y Eucaristía debía durar varias semanas y aun tal vez meses, según la capacidad de los niños y la naturaleza del Sacramento.

(26) El Canon 1330 no recogió la disposición "todos los días de Cuaresma". El Código añade allí, en cambio, el llamado Catecismo de perseverancia, o sea el Catecismo después de haber recibido los niños la primera Comunión.

(27) La Cofradía de la Doctrina fue fundada en el siglo 16 por el seglar Marcos de Sadis-Cusani quien más tarde, ordenado sacerdote, con otros constituyó un Instituto religioso de clérigos (Padres de la Doctrina Cristiana).

San Pío V, en su constitución *Ex debito*, 6-X-1571, elogió la Cofradía de la Doctr. Crist. y le concedió indulgencias. Pablo V, por la bula *Ex credito Nobis*, 6-X-1607, le confirió el título y los privilegios de Archicofradía. El Código de Derecho Can. de 1917 obliga a establecerla en todas las parroquias.

(28) El Congreso Catequístico internacional de Roma, 1950, recogió la idea del Papa de la "Escuela de Religión" formulando el voto de que "...9) en cada parroquia se establezcan escuelas propiamente dichas de Catecismo, distribuidas en clases, con su cátedra, sus bancos o sillas, su pizarrón, registros y cosas similares".

624 más de la acostumbrada homilía sobre el Santo Evangelio que han de tener todos los días de fiesta en la iglesia parroquial, escojan hora oportuna para la mayor afluencia de fieles —exceptuando la destinada a la doctrina de los niños— para dar el Catecismo a los adultos en forma sencilla y acomodada a sus inteligencias, debiendo ajustarse para ello al Catecismo del Concilio de Trento; de tal modo, que en el espacio de tres o cuatro años expliquen cuanto se refiere al Símbolo, los Sacramentos, el Decálogo, la Oración y los Mandamientos de la Iglesia⁽²⁹⁾.

Todas estas cosas, Venerables Hermanos, mandamos y establecemos en virtud de Nuestra autoridad Apostólica, y por vuestra parte habréis de procurar, cada uno de vuestra diócesis, que estas prescripciones se cumplan puntualmente y sin retraso. Velad y cuidad con vuestra autoridad para que Nuestros mandatos no caigan en olvido, ni

(29) La Encíclica “*Acerbo Nimis*” ha ido madurando no solo en la inteligencia sino en la vida del que fuera más tarde Pío X, o San Pío X; por eso, es como pocos documentos pontificios *personal*. Ya como capellán en Tómbolo (1858-1867) le preocuparon los niños y jóvenes y su instrucción religiosa; mas aún como párroco responsable de la enseñanza catequística en Solzano (1867-1875). Obispo de Mantua, señala en la Carta pastoral a los párrocos (1885) y en el Sinodo Diocesano de 1888 las normas prácticas que habían de aparecer en la presente Encíclica, y aun pasar al Código de Derecho Canónico:

“En todas las parroquias establézcase la escuela de la Doctrina Cristiana; todos los Domingos y fiestas de guardar enséñese el Catecismo en todas las iglesias; explique el párroco la Doctrina Cristiana a los niños y, en seguida, desde el púlpito o cátedra el Catecismo al pueblo. Durante la Cuaresma y el Adviento se deberá desarrollar una instrucción especial y diaria a los niños para prepararlos a la Confesión y Comunión. Los párrocos recuerden a los feligreses que no pueden ser absueltos en el confesonario los padres, tutores o amos que habitualmente impiden a sus hijos asistir a la enseñanza de la Doctrina Cristiana”.

En la Carta pastoral del 12 de Octubre de 1885 escribió la frase fuerte y singular que pasó a *Acerbo Nimis*: “Prefiero enhorabuena que se omitan los sermones de Cuaresma, los cuales, a menudo, resultan absolutamente infructuosos, porque el pueblo no los entiende y el distinguido orador habla al desierto, y no que los fieles se queden sin la Doctrina Cristiana y sin el Catecismo del párroco”.

En la misma Carta pastoral expone que la Homilía dominical no puede substituir la Catequesis. “La explicación del Evangelio aunque es obligatoria, no puede reemplazar a la instrucción catequística, porque son dos deberes completamente distintos. La explicación del Evangelio por más que se adapte a la modesta capacidad de los oyentes, supone siempre a los fieles ya instruidos en los rudimentos de la Fe, porque apenas si se les recuerdan al pasar; mientras que la

—lo que sería igual— se cumplan con negligencia y flojedad. Para evitar esta falta, habéis de emplear las recomendaciones más asiduas y apremiantes, a fin de que los párrocos no expliquen el Catecismo sin preparación, mas se preparen de antemano con esmero, para que no hablen el lenguaje de la sabiduría humana, sino *con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios*⁽³⁰⁾ sigan el ejemplo de Cristo que, manifestando cosas que estuvieron ocultas desde la creación del mundo⁽³¹⁾, sin embargo, dijo todas estas cosas al pueblo por parábolas, y sin parábolas no las predicaba⁽³²⁾. Sabemos también que lo mismo hicieron los Apóstoles, enseñados por Jesucristo, y de ellos decía SAN GREGORIO MAGNO: *Pusieron todo cuidado en predicar a los pueblos ignorantes cosas sencillas y accesibles, y no cosas altas y arduas*⁽³³⁾. Pues en las cosas de religión, la mayor parte de los hombres de nuestra edad han de tenerse por ignorantes.

instrucción catequística debe proponer una verdad de fe o de moral cristiana y explicarla en todas sus partes... De esto no ha de deducirse que en la práctica del Catecismo se puedan eliminar la labor y la fatiga; por el contrario, ellas son más necesarias de lo que es la composición de un pomposo discurso. Con razón se ha dicho que es más fácil encontrar un predicador famoso que un catequista capaz de dar una buena clase de Catecismo. Más aún: por notable que sea la facilidad que uno pretendiere poseer, nunca podrá dar una lección de Catecismo provechosa sin una preparación esmerada y el pretexto de que el pueblo es rústico y rudo, agrava la obligación de intensificar el estudio más de lo que se requiere para hablar a las personas cultas e instruidas”.

Como Patriarca de Venecia insiste en una carta pastoral en que la enseñanza del Catecismo debe prevalecer aun sobre el mismo ministerio cultural y sacramentario. Recalca también conceptos anteriores diciendo: “Se predica demasiado y se instruye poco. ¡Basta de discursos floridos! Predíquese al pueblo en forma llana y sencilla la verdad de la Fe, los preceptos de la Iglesia, las enseñanzas del Evangelio, los vicios y las virtudes; pues, sucede con frecuencia que hasta las mismas personas eruditas en materias profanas, ignoran por completo o conocen mal la verdad de la Fe, y saben del Catecismo mucho menos que los niños retardados. Hay que pensar más en el bien de las almas, que en la impresión que se pretende hacer”.

De estos pensamientos y cartas, de una larga vida pastoral y convicciones personales definidas nació la magna Encíclica de la catequesis popular “*Acerbo Nimis*” que trae pocos documentos ajenos pero está impregnada de citas de la Sagrada Escritura.

(30) II Corint. 1, 12.

(31) Mateo 13, 35.

(32) Mateo 13, 34.

(33) Moral, lib. 17, c. 26 (PL. 75 [I, c. 18, n. 25] col. 539).

625 Pero no queremos que nadie, en razón de esta misma sencillez que conviene observar, imagine que la enseñanza catequística no requiere trabajo ni meditación. Por el contrario, los exige mayores que otra ninguna. Es más fácil hallar un orador que hable con abundancia y brillantez, que un catequista cuyas explicaciones merezcan en todo alabanza; de suerte que por mucha facilidad de formar conceptos y expresarlos con que le haya dotado la naturaleza, sépase que nadie hablará bien de doctrina cristiana y alcanzará fruto en el pueblo y los niños si antes no se ha preparado y ensayado medianamente seria meditación. Se engañan los que fiándose de la inexperiencia y torpeza intelectual del pueblo, creen que pueden proceder negligentemente en esta materia, sino que, al contrario, cuanto mayor sea la incultura del auditorio, mayor celo y cuidado se requieren para acomodar la explicación de las verdades más sublimes, de suyo tan superiores a un entendimiento vulgar, a la débil comprensión de los ignorantes, que, no menos que los sabios, necesitan conocerlas para alcanzar la eterna bienaventuranza.

EPÍLOGO

11. Palabras finales. Séanos permitido, Venerables Hermanos, dirigiros al

(34) Exod. 32, 26.

término de la presente carta estas palabras de Moisés: *El que sea del Señor, júntese conmigo*⁽³⁴⁾. Os rogamos y suplicamos que observéis cuánta es la ruina de las almas que por sí sola produce la ignorancia en las cosas de religión. Muchas obras útiles y dignas de alabanza se han establecido por vosotros en vuestras diócesis para bien de vuestros respectivos rebaños; pero, antes que nada, con toda energía, todo celo y toda la asiduidad posible, cuidad esmeradamente de que el conocimiento de la doctrina cristiana llene y penetre a todas las almas. *Comunique cada cual al prójimo* —repetimos con el Apóstol SAN PEDRO— *la gracia según la recibió, como buenos dispensadores de los dones de Dios, los cuales son de muchas maneras*⁽³⁵⁾.

Que mediante la intercesión de la Inmaculada y Bienaventurada Virgen vuestro celo y piadosa industria se exciten con la bendición apostólica que amorosamente os concedemos a vosotros, a vuestro clero y al pueblo que os está confiado, y sea testimonio de Nuestro afecto y prenda de los divinos dones.

Dado en Roma, en San Pedro, el 15 de Abril del año 1905, segundo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA X.

(35) Pedro 4, 10.